za... Una ola de fuego me subía por la faz; se me quitó la vista, y caí redondo...

Al volver en acuerdo me encontré en esta celda...

—¡Pobre Javier!—hube de decir al mismo tiempo que él se levantaba tímidamente de su silla como por vía de ensayo, y añadía palideciendo:

—¡Ay!... ¡Dios mío!... Me parece que me voy á volver á caer... ¡Sostenme... sostenme!...

Estas fueron sus últimas palabras.

EPÍLOGO

Tres años después murió Luisa de una lesión en el corazón.

Unas horas antes de espirar, decía á la mujer del médico de Sames, su amiga íntima, que había ido á Ceneya á cuidarla:

—Escucha, Rosa... en el cajón bajero de mi armario hay una escusabaraja de mimbres chiquitina que tiene dentro unos papeles... Me harás el favor de recogerlos... Tú los puedes leer... quiero yo que los leas para que te acuerdes más de tu pobre amiga y no se te olvide ningún día rezar por ella... Pero después que los leas échalos en la lumbre... Allí verás una carta que escribí y no envié á su destino... Si la hubiera enviado... no hubiera sido yo tan desgraciada...

—No llores—la dijo la médica, posándola con cariño la mano en la frente,—no llores: ya sabes que te hace daño.

—¿Qué más da?...—replicó Luisa.—

Todo el daño que me puede sobrevenir es la muerte, y eso de todos modos me parece que será cuestión de horas... Apenas puedo respirar... ¿No te ha dicho tu marido que me voy á morir esta noche?... Dímelo, bobina: no creas que me asusto... Ya ves, tengo hechos todos los preparativos para el viaje, y estoy tranquila... Especialmente desde que he recibido al Señor me he quedado tan á gusto... ¡Ah!... no se te olvide... si me muero antes de que Vicente vuelva de Cangas, le has de decir que me muero queriéndole mucho y pidiéndole perdón por lo que involuntariamente le haya mortificado... Yo también le perdono á él todo lo que me ha hecho sufrir... El pobre tiene esa debilidad de la bebida; pero tiene buen corazón... Dale buenos consejos... Dile que cuide mucho de nuestros hijos... Y tú también, Rosina de mi alma... ¿Verdad que has de seguir queriendo mucho á esos pobrecines que se quedan sin madre?...

.....

La mujer del médico recogió los papeles que encontró en la cestita de mimbres, como Luisa la había indicado, en los cuales había ido apuntando esta infeliz las fechas del nacimiento de sus hijos, promesas hechas á la Virgen y á los santos para obtener la enmienda de su marido en lo de la bebida y otros determinados favores, máximas que había oído á su tío en ocasiones diferentes, consejos que él mismo la había dado cuando se iba á casar, algunas impresiones del viaje de recién casada, etc.

La carta de que había hecho mención especial era la siguiente:

«*Madrid, 26 de Noviembre de 186...*

»Querido Javier: Te extrañará recibir esta carta mía sin haberme escrito tú; pero creo que cesará tu extrañeza cuando la hayas leído.

»La otra noche fuí con mi tía á casa de unas amigas, las de Renedo, me parece que las conoces, y me encontré allí con aquel condiscípulo tuyo, Pedro Borrego, de quien me hablabas tantas veces, el cual, tan indiscreto como tú le pintabas, en cuanto me le presentaron, se sentó á mi lado y comenzó á darme broma contigo, llamándome de buenas á primeras *asesina*, diciéndome que era la responsable de tu muerte civil ó de tu destierro, pues por causa de mi cruel desdén te habías marchado, acaso para no volver nunca.

»Díjele que estaba muy equivocado, que tú y yo éramos amigos desde la infancia y que nunca había habido entre ambos otra cosa que buena amistad; pero me contestó

que á él no le fuera con esas, que él sabía lo contrario de buena tinta, que estaba enterado de todo por tí precisamente, pues muchas veces le habías dicho que nos íbamos á casar en cuanto concluyeras la carrera, cosa que sabían como él todos tus amigos, pues lo decías con frecuencia sin hacer ningún misterio de ello, y, por consiguiente, era claro que la súbita determinación de marcharte á Filipinas no podía reconocer otra causa que mi desvío. «A »más de que, añadía, y te copio sus pro»pias palabras, el mismo Javier, aunque no »estuvo muy hablador el último día que le »ví aquí, cuando salió para Barcelona, me »dió á entender con bastante claridad que »se marchaba porque usted le había plan»tado.»

»Conociéndote, como te conozco, no puedo creer que dijeras á tus amigos todas esas cosas por divertirte á costa mía, jugando con mi nombre: esto es imposible en tu formalidad. Y si las decías pensándolas y sintiéndolas, pues el que las dijeras tampoco creo que se puede dudar, ha tenido que haber á última hora alguna mala inteligencia por parte tuya, dado que por la mía no ha habido tales desvíos ni tales desdenes, á lo menos con conocimiento.

»Te voy á ser franca, porque tratándose de tí no tengo miedo á una deslealtad; ni siquiera me ocurre la sospecha de que puedas hacer mal uso de esta carta para darte tono y ponerme en ridículo: me parece imposible que tú hagas nunca ninguna bajeza. Te voy á ser franca. Había llegado á creer que me querías, y en esta creencia correspondía en mi interior á tu cariño. Cuando supe que te habías embarcado sin decir nada, creí sencillamente que me había equivocado.

»Pero la revelación de tu amigo ha venido á meterme en un mar de confusiones, del que no acierto á salir. Por eso te escribo.

»De todos modos, ten por cierto que no ha sido mi ánimo contrariar ese pensamiento que manifestabas á tus amigos, más favorecidos que yo en esta parte, y ten por cierto que mis desvíos fueron puras imaginaciones, no existieron nunca.

»Ahora, sabiendo esto, tú harás lo que creas más conveniente, lo que sea mejor para tí, sin tenerme á mí en cuenta, seguro de que de tu bienestar, aunque sea sin mí, me alegraré siempre.

»Que Dios te proteja y te haga feliz, como lo desea y se lo pide tu afectísima

LUISA.»

Por bajo de la firma se leía esta nota:

«No he enviado esta carta á Javier, porque mi tía, á quien se la enseñé, me ha puesto algunos reparos, diciéndome que no es corriente esto de que una mujer se dirija á un hombre en esta clase de asuntos, y que aun cuando en el caso presente pudieran autorizar esta conducta lo raro de las circunstancias y la gran confianza con que nos tratábamos Javier y yo, con todo, las cosas son según los ojos con que se las mira, y no es seguro que á estas horas esté ya Javier en condiciones de poder apreciar mi sinceridad y agradecerla como merece ser agradecida...»

Todavía más abajo había estas otras dos líneas de tinta mucho más fresca, que contrastaban con lo amarillento del papel y con lo desvahído de los escritos anteriores:

«¡Dios mío! ¿Por qué no enviaría yo á Javier esta carta?...»

¡A buen tiempo, mangas verdes!

FIN

LA CONDESA DE PALENZUELA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO